

Estudios en honor de
Domingo Santa Cruz
AUCH, 5ª Serie. N° 11 (1986): 301-315.

EDUCACION, CULTURA Y DESARROLLO

CARLOS MARTÍNEZ SOTOMAYOR
Academia de Ciencias Sociales

Este ensayo sobre Educación, Cultura y Desarrollo se inspira en el extraordinario Informe de la Comisión Internacional sobre el Desarrollo de la Educación, instituida por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), que presidió M. Edgard Faure, ex presidente del Consejo de Ministros de Francia, y que integró el ex presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, don Felipe Herrera Lane.

El informe aludido, que analiza la problemática de la educación a escala mundial, correspondía al siguiente encargo de la UNESCO: "Partiendo de un análisis crítico que cubra tanto la situación presente como las grandes tendencias observadas en el curso de los últimos decenios y la experiencia adquirida en los diferentes países, la Comisión deberá decidir las nuevas finalidades que se asignen a la educación, la transformación rápida del conocimiento de las sociedades, las exigencias del desarrollo, las aspiraciones del individuo y los imperativos de la comprensión internacional y de la paz. Teniendo en cuenta estas finalidades, la Comisión tendrá que formular sugerencias en cuanto a los medios conceptuales, humanos y financieros que deberán ponerse en práctica para alcanzar los objetivos fijados a escala nacional, planificando el desarrollo de los sistemas de educación en el cuadro del desarrollo económico y sociocultural".

De allí que, en primer término, el Informe considera el problema de la crisis educativa como un proceso global en nuestra actual civilización planetaria. No hay temáticas o problemáticas excluyentes entre países desarrollados y aquellos en vías de desarrollo. No quiere decir esto que no se subraye que la crisis educativa, desde un punto de vista cuantitativo, se

hace evidentemente más aguda para el Tercer Mundo, que no obstante contar con cerca del 70% de la población del globo, sólo utiliza un décimo de los recursos internacionales destinados a este sector, lo que refleja una vez más el intrínseco desajuste entre los sectores desarrollados y subdesarrollados de la humanidad.

En el prólogo del Informe se subraya lo que pudiéramos definir como el atraso común en los diversos sistemas educativos, en los términos siguientes: "El sistema educativo de los países desarrollados presenta siempre, al menos en un gran número de casos, la doble característica de ser, de una parte, pretecnológico en cuanto a la enseñanza misma, y de otra elitista en cuanto a su reclutamiento social. Este mismo sistema, con estas mismas características, es el que se ha implantado generalmente en los países subdesarrollados, donde presenta el inconveniente suplementario de no adaptarse al medio cultural y al medio social y humano. Se trata, pues, en los dos casos, por una parte, de pasar de lo pretecnológico a lo tecnológico; por otra, de construir una enseñanza ampliamente popular a partir de un sistema educativo todavía restringido a una minoría de ingresados a los que garantiza más o menos las correspondientes salidas en los empleos de la economía y de la administración".

En segundo lugar, la Comisión analizó a fondo la tesis de la denominada "democratización de la enseñanza". Naturalmente que incidió en la conocida temática acerca de la relación sociedad-educación, términos totalmente inseparables; las posibilidades de democratización de la sociedad son imposibles sin un proceso educativo ajustado a esa finalidad; a su vez, de acuerdo con la experiencia de muchos países, son los procesos de democratización los que han permitido la mejora de los sistemas educativos. En los términos del propio Informe: "Se trata, pues, de una parte de reforzar la exigencia de la democracia que parece ahora el único medio de impedir que el hombre se convierta en esclavo de la máquina y como el único estado compatible con la presunción de dignidad que implican los logros intelectuales de la especie. De desarrollar el concepto mismo de democracia ya no podría estar limitado a un mínimo de garantías jurídicas, protegiendo al ciudadano de la arbitrariedad del poder en una sociedad de subsistencia, sino que debe permitirle participar en las responsabilidades y en las decisiones inseparables de una sociedad promocional; de otra parte y paralelamente, sería el único medio capaz de reforzar la exigencia y dedicación, pues la relación de igualdad democrática no podría existir —o seguir existiendo— entre clases separadas por una desigualdad de instrucción demasiado grande; y de recrear el objeto y el contenido de la educación, teniendo en cuenta a la vez los nuevos caracteres de la sociedad y los nuevos caracteres de la democracia".

En tercer lugar, el Informe planteaba en la década de los 70, un concepto que en la actualidad es de general aceptación: la educación permanente. Se postula que la educación es un proceso que no tiene término y que no actúa sólo a través de los diversos niveles del sistema educativo, sino a través de todas las instituciones sociales, recordándose a Plutarco cuando expresaba que “la ciudad es la verdadera maestra”, entendiendo por ciudad la convivencia social en función de un conjunto de instituciones y realidades en las cuales al hombre le corresponde actuar. El concepto de educación permanente está estrechamente vinculado al título mismo del Informe, cuando postula “aprender a ser”. La educación ya no puede seguir siendo considerada como un método convencional de “preparación para la vida” o de acceso directo del hombre a un sistema de producción y de consumo. Sin perjuicio que la educación en todas sus formas habilite al hombre para su mejor incorporación a la sociedad en que le corresponderá vivir y actuar, se trata también de darle las posibilidades de que no permanezca espiritual y culturalmente desajustado frente a un mundo en permanente cambio. Este enfoque es lo que lleva a postular y enfatizar un “humanismo científico”, es decir, hacia una integración del avance tecnológico en función de las realidades culturales.

Otro aspecto en el cual la Comisión centró sus preocupaciones fue el de la denominada “ciudad educativa”. Reconociéndose las limitaciones, atrasos y rigideces de los sistemas educativos convencionales, tampoco se acepta un régimen de “desescolarización” completa, sino que por el contrario se pretende, en base al enfoque de la educación permanente y de una mayor asimilación de las actividades del trabajo con aquellas de la formación educativa, llegar a la creación de estructuras socio-educativas más ajustadas a las necesidades contemporáneas, tanto a nivel nacional como internacional, asignando particular trascendencia a una solidaridad que sobrepase las fronteras, con múltiples formas de expresión.

El informe asigna gran importancia al impacto, ya tangible en la década pasada, de la denominada “revolución cibernética en los sistemas educativos”. Se lee así en el documento: “La era del cambio nos proporciona los instrumentos necesarios para responder a la demanda de educación cuantitativa y cualitativa que ella provoca. Pero es preciso aun que sepamos reconocerlos como centrales y adaptarlos a este fin. Vemos que la radio, la TV, y con mayor razón aún los computadores, son insuficientemente utilizados con fines educativos. Salvo excepciones, la radio y la TV son empleadas de manera exterior y paralela a la enseñanza propiamente dicha. Se estima generalmente que la utilización de la informática debe reservarse a los estudios superiores. Por el contrario, es muy impor-

tante prever una iniciación, desde la edad temprana, en el lenguaje elemental de las máquinas. En lo que concierne a la elección de los métodos de modernización de la educación, nos parece que los países en vías de desarrollo deberían simultáneamente utilizar las tecnologías avanzadas, en la medida en que les sea posible y orientarse más hacia el empleo de tecnologías intermedias”.

Cuando el Informe hizo referencia al alcance de las mencionadas tecnologías en el proceso de desarrollo general, no estaba suficientemente claro el por qué la educación debía recurrir a los computadores, a la TV y a la radio, por cuanto no se tenía un claro concepto de la profunda revolución estructural que el mundo estaba confrontando con la aparición de estas nuevas técnicas aplicables a todas las formas del quehacer humano. Obviamente que es distorsionante efectuar cualquier apreciación de una situación educativa contemporánea si no tenemos en cuenta que el mundo está viviendo una revolución tecnológica mucho más profunda, mucho más veloz y mucho más inorgánica de lo que fuera desde fines del siglo XVIII, y especialmente a lo largo del siglo XIX, lo que convencionalmente se conoce como “revolución industrial”. Quienquiera que al presente desee programar cualquier estrategia global o sectorial del desarrollo y del cambio económico y social, tiene forzosamente que tomar en cuenta esa nueva realidad. En consecuencia, no basta que los especialistas programen de cómo utilizar la moderna “informática” sino que deben considerar primeramente de cómo el sistema social, en cualquier parte del mundo, está atravesando y seguirá sufriendo profundas alteraciones por una revolución tecnológica, que conmueve los parámetros de un proceso de desarrollo que considerábamos como una expresión ya madura de la civilización contemporánea.

En Europa ha surgido en este último tiempo el neologismo de “telemática” para denotar la relación creciente del sistema de los computadores con las telecomunicaciones. La “telemática”, a diferencia de la utilización de la electricidad, no significa una situación inerte, sino que precisamente por el uso del factor “información” se transforma en sí en centro de poder. La línea telefónica y el canal de TV constituyen las bases de esta mutación, proyectadas en transmisores polivalentes, gracias a los computadores, y luego, con la ayuda del sistema de “satélites” en un instrumental de contenido supranacional. La telemática no constituye un invento más, desde el momento que puede combinar imágenes, sonidos y memorias: ella está destinada inevitablemente a alterar muchas expresiones de las que hemos considerado un verdadero “modelo cultural”.

A nuestro entender, frente a estos desafíos del desarrollo y a su intrínseca complejidad, corresponde al sistema educativo un triple rol: por una

parte, situarse en el proceso de aceleración histórica, cuya dinámica y característica sería imposible negar; en segundo lugar, utilizar en la mejor forma posible lo que la tecnología está colocando a disposición del hombre para una multiplicación de sus capacidades de proyección, y, finalmente, acentuar frente a la peligrosidad de un gigantismo materialista los valores universales —de contenido principalmente cultural y religioso— que han caracterizado al hombre en todas las edades y la afirmación propia de dichos valores en las distintas regiones de la tierra.

TRASCENDENCIA DE LA EDUCACIÓN

Todo acto educativo se sitúa en un proceso que tiende a un fin. Estos fines obedecen a finalidades generales. Y esas finalidades son esencialmente dictadas por la sociedad.

Lo mismo sucede en el mundo contemporáneo: las finalidades actuales de la educación están necesariamente condicionadas, en cada contexto nacional, por los datos de la realidad objetiva. Pero son también el producto de las voluntades y elecciones subjetivas de los participantes en el acto educativo y, al mismo tiempo, de los fines generales a los que tiende la colectividad. Asignar una finalidad a la educación, no es investirla de tal o cual función; es significar que las funciones que le son propias deben ejercerse hacia las finalidades trascendentes.

En efecto, el encadenamiento de las determinaciones no debe concebirse de un modo mecanicista. Lo mismo que las formas de la sociedad van generalmente retrasadas respecto de las realidades económicas y sociales, así también la educación puede reproducir durante largo tiempo estados anteriores de la sociedad, o al contrario, anticiparse a ellos y por consiguiente precipitar la evolución.

Esta determinación tampoco debe concebirse de una manera simplista: decir que la educación refleja la sociedad, es decir que refleja una realidad compleja. Nos equivocamos cuando se quiere ver en la educación o en los sistemas de enseñanza, sólo la expresión de las fuerzas sociales dominantes del Estado, del régimen establecido, con exclusión de otros componentes sociales, complementarios, independientes o antagónicos. De hecho, la educación es uno de los campos donde se desarrolla el debate ideológico actual, un terreno de contradicciones y de luchas incesantes que influyen sobre sus finalidades.

Por último, esta determinación no debe ser concebida de modo exclusivo: los factores societarios no son los únicos que actúan. Los individuos: alumnos, profesores, padres, usuarios presentes o virtuales, ejercen una

influencia consciente o inconsciente sobre la determinación y las inflexiones de las finalidades de la educación. Por su parte, el pensamiento pedagógico, la filosofía, las ciencias y la teoría de la educación, las ideologías generales, intervienen también, con su peso específico y su movimiento propio, en el enunciado de las finalidades.

El número de opciones para la educación guarda relación con el número de sociedades, de fases históricas, de ideologías dominantes. Según los futuros concebidos y deseados, así serán las elecciones a efectuar.

HACIA UN HUMANISMO CIENTÍFICO

La busca de un nuevo orden de la educación se basa en la formación científica y tecnológica que es uno de los componentes esenciales de un humanismo científico.

Pero también podríamos llamarlo humanismo real en sentido de que el humanismo científico recusa toda idea preconcebida, subjetiva, abstracta del hombre. El hombre que él conoce es un hombre concreto, históricamente situado, que surge del conocimiento objetivo, pero de un conocimiento esencial y resueltamente dirigido a la acción, al servicio en primer lugar del hombre mismo.

El universo de los hombres ha cambiado de contenido. Lo acepte o no, el individuo está proyectado en un mundo impregnado de ciencia.

El hombre de la civilización moderna sólo puede participar en la producción si es capaz, no sólo de aplicar un cierto número de procedimientos científicos, sino además, de comprenderlos. Más aún: no puede captar y comprender convenientemente el universo donde está situado, sino en la medida en que posea las claves del conocimiento científico.

Hasta ahora, la ciencia no ha sido tenida, en términos de educación, por lo que substancialmente ella es, a saber, un factor decisivo para la formación de la personalidad, en todas sus orientaciones y todas sus exigencias, y no un conjunto de saberes e instrumentos intelectuales que vendrían a añadirse a un ser que por lo demás ha permanecido fiel a sus actitudes y a sus comportamientos tradicionales. En esta perspectiva, la objetividad se convierte en el valor determinante, en detrimento de la subjetividad, la cual cede el campo allí donde no tiene nada que hacer, para desarrollarse tanto más en su dominio propio. Las relaciones humanas ganan mucho cuando la búsqueda en común de la verdad, la aceptación activa de lo real y de la evidencia, la llevan por encima del enfrentamiento de afectos disfrazados de razones.

Aceptar que el acceso al saber sea el producto de una conquista sobre la rutina, sobre la inercia, sobre las ideas y los esquemas prefabricados, sobre la complejidad o la obscuridad del objeto a conocer; saber que todo conocimiento es el punto de partida de una nueva búsqueda; reconocer en la parte de verdad que se posee el trabajo de muchas generaciones; decidir y actuar cuando es preciso, pero no formular ningún juicio sin previa comprobación: esto es lo que pretende el espíritu científico, lo contrario del espíritu dogmático o metafísico.

El sentido de la relatividad y el pensamiento dialéctico aparecen como el terreno privilegiado en el que pueden germinar los elementos positivos de la tolerancia, aquella que no es indulgente con el mal y la crueldad, pero que acepta que los hombres sean diferentes. Así cada uno de los hombres debería ser llevado a no erigir sistemáticamente sus creencias, sus convicciones, sus ideologías, su visión del mundo, sus hábitos y sus costumbres, en modelos o reglas válidos para todos los tiempos, todos los tipos de civilización y todas las formas de existencia.

La evolución incesante del saber científico permite cada vez menos atenerse a los métodos clásicos para la enseñanza de las ciencias. No cabe esperar que respondamos al desarrollo que ha adquirido el saber atiborrando los cerebros con los conocimientos científicos más modernos y haciendo desaparecer de los programas las materias anticuadas.

Para que sea realidad esta educación es preciso evitar el convertir la ciencia en una rutina escolástica; al contrario, se debe fundar su enseñanza sobre la investigación pragmática de la solución de los problemas planteados por el medio ambiente.

Por todas estas razones, comenzando por las necesidades actuales del trabajo y el dominio de lo real, hasta llegar al dominio de uno mismo, de la adquisición del método científico hasta la formación de la ética individual, la formación en el espíritu científico y en las ciencias aparece como una de las finalidades fundamentales de todo sistema educativo contemporáneo.

DESARROLLO DE LA CREATIVIDAD

El hombre está dividido por naturaleza en dos vertientes: hacia la seguridad y hacia la aventura. Por un lado está la búsqueda de resguardo, por otro, la aceptación y el gusto del riesgo, lo mismo el de equivocarse y ser equivocado, que el de descubrir, ser descubierto, y volver a encontrar las grandes alegrías de la existencia. Para cada una de estas dos actitudes en contraste, hay que pagar un precio. Es indudable que el precio de la creatividad resulta incomparablemente mayor, puesto que es preciso

consagrar a ella todas las capacidades del ser, mientras que el precio de la seguridad es el relativamente módico de la disciplina. Pero creatividad no significa campo libre para cualquier expresión de la naturaleza humana. Los caminos de la invención y del descubrimiento pasan también por la disciplina libremente consentida, por la imitación de los modelos escogidos, y, aún más, por la confrontación de modelos contradictorios. No se trata tampoco de negar el papel de las disciplinas y rehusar las reglas; pero las disciplinas y reglas que a la larga conciertan mejor con la invención son las que el individuo ha puesto a punto para su propio uso.

En muchos países y, particularmente, en el nuestro, este espíritu de creatividad, de no-conformismo, de búsqueda, es particularmente importante y se halla presente en la juventud. Los jóvenes sienten las contradicciones de un mundo cuyos valores éticos son cotidianamente ridiculizados, en la práctica, por sus propios mayores. Constatan que el diálogo que se les propone a menudo, procede más del instinto de conservación de las sociedades dominantes y de aptitudes paternalistas, que de una busca sincera de verdades nuevas. El malestar de los jóvenes se debe principalmente a las contradicciones que existen entre las transformaciones profundas del mundo real y la forma desigual, caótica y muchas veces indigente como las instituciones se adaptan a aquellas. Así, en los países en que este fenómeno ha tomado la forma de hecho cultural y hasta político, los jóvenes se ven obligados a constituirse en grupos solidarios, autónomos, a la búsqueda de valores nuevos para un mundo nuevo, que surgiría finalmente de la "cultura del silencio" y de la opresión, y que se liberaría de los mecanismos socioeconómicos e ideológicos de dominación.

Ninguna política de educación a largo plazo puede dejar de analizar las razones profundas del desafío de los jóvenes.

La educación tiene el doble poder de cultivar o de ahogar la creatividad. El reconocimiento de sus complejas tareas en esta materia es una de las tomas de conciencia más fecundas de la pedagogía moderna. Estas tareas pueden enunciarse así: preservar la originalidad y el ingenio creador de cada sujeto, sin renunciar a insertarle en la vida real; transmitirle la cultura sin agobiarle con modelos prefabricados; favorecer la utilización de sus aptitudes, de sus vocaciones y de su expresión propias sin fomentar su egotismo; estar apasionadamente atento a la especificidad de cada ser sin descuidar que la creación es, también, un hecho colectivo.

EL COMPROMISO SOCIAL

La educación ha desempeñado siempre, directa o indirectamente, de modo inconfesado, el gran papel de preparar y conformar a los hombres

para la vida en sociedad. Ningún sistema sociopolítico puede renunciar a defender sus cimientos por la adhesión de los espíritus y los corazones a los principios, a las ideas, a los mitos y a las referencias comunes que constituyen la argamasa moral de una nación.

La enseñanaza instala a los alumnos en un universo moral, intelectual y afectivo coherente, hecho con interpretaciones del pasado, concepciones del porvenir, escalas de valores y al mismo tiempo de un stock fundamental de nociones y de informaciones que constituyen para ellos un patrimonio común, tanto más significativo cuanto más heterogéneos son la colectividad social o el cuerpo social.

En cuanto a la acción educativa de los adultos, aun cuando sea menos unificadora, contribuye, sin embargo, a despertar el espíritu cívico, el compromiso social, el interés por los demás, y ayuda a escapar del aislacionismo, bien sea éste escogido o impuesto.

Sin embargo, la política no ocupa en la educación el lugar que le corresponde, ni la democracia la importancia que debería tener en la educación política. Se habla de educación política en vez de practicar la educación para la política; se confunde el adoctrinamiento ideológico con la preparación para una libre y amplia reflexión sobre la naturaleza de los poderes, sus componentes y las fuerzas que actúan en y a través de las instituciones; el despertar de la conciencia política y el desarrollo de las virtudes del hombre democrático se ven substituidos por la formación del ciudadano uniforme y dócil; se contentan con inculcar nociones políticas en vez de formar hombres para comprender las estructuras del mundo en que están llamados a vivir, que puedan cumplir con los cometidos reales de su existencia, y finalmente, que no caminen ciegos por un universo indescifrable.

En una educación política lo que esencialmente importa no es su forma más o menos sutil o más o menos excesiva, sino el hecho de que la acción educativa vaya ligada a una práctica justa, eficaz y democrática. No basta enseñar los mecanismos de la política. Mediante el aprendizaje de la participación activa en el funcionamiento de las estructuras de la sociedad y, cuando es preciso, mediante el compromiso personal en las luchas que tratan de reformarlas, es como el individuo y, particularmente, el universitario, adquiere la plenitud de sus dimensiones sociales.

Cualesquiera que sean las reglas, las formas y los usos de la democracia, la vida democrática postula el permanente debate de las ideas y la confrontación de las opiniones.

Se admite de buen grado que estos debates tengan su eco en las instituciones extraescolares, e incluso que sean un elemento de su enseñanza y de sus actividades, pero se asustan de verles introducirse en la

universidad y en la escuela. Pretender cerrar las puertas de los establecimientos educacionales a la política, es contradecirse, puesto que significa rehusar en la práctica lo que generalmente se está dispuesto a admitir de palabra: que la escuela y la Universidad son elementos constitutivos de la polis, de la ciudad, y que deben mantener con ella los lazos más estrechos posibles.

Por su enseñanza, por su práctica, por su compromiso, la educación debe contribuir a la realización de este proyecto muy propio de nuestro tiempo: sustituir una autoridad mecánica, de tipo administrativo, por una decisión viva, de tipo democrático. Esta participación del mayor número posible en el máximo de responsabilidades no es sólo prenda de eficacia colectiva, sino que además constituye una condición de la felicidad individual, una toma de poder cotidiano sobre la sociedad, una manera de influir libremente en el propio destino. Ya no se trata de que el ciudadano delegue sus poderes, sino de que los ejerza, a todos los niveles de la vida social y en todas las etapas de la vida.

En contraposición a toda utilización abusiva, dogmática, estrecha, del elemento político e ideológico en la educación, las finalidades políticas y cívicas son un componente esencial de la empresa educativa de toda sociedad que tienda hacia la democracia.

El desarrollo de la democracia concierne directamente a la paz, puesto que favorece la tolerancia, la amistad y la cooperación entre las naciones. En los complicados y sutiles juegos de la política y de la diplomacia, las actitudes de los pueblos pesan más de lo que parece, y este peso es tanto mayor cuanto aquellos tienen de la paz una idea no sentimental, sino exacta.

Todo lo que, en la acción educativa, trate de hacer vivir al individuo en paz consigo mismo, de arrancarle el malhumor del aislamiento, contribuye a favorecer la armonía entre los pueblos. En efecto, la hostilidad hacia los demás, el deseo de destrucción, están ligados íntimamente a la frustración, al fracaso, a los diversos sentimientos de inferioridad. Cuando un individuo exalta demasiado el nacionalismo, cuando madura un provincialismo cultural y rehúsa conocer o reconocer en los demás sistemas de valores diferentes, encuentra la ocasión de valorizarse con poco esfuerzo, por el asentimiento de sus conciudadanos y la tranquilidad de conciencia de su pretendida superioridad sobre el extranjero.

Por otra parte, todo lo que, en las prácticas educativas, se dirige a formar hombres que aspiren a la paz para todos los pueblos, que estén dispuestos a condenar las guerras de agresión, preocupados por respetar la independencia y la libre voluntad de los pueblos vecinos, contribuye al mismo tiempo a la integridad personal y a la realización individual.

Una de las misiones de la educación es la de ayudar a los hombres a ver en el extranjero no una abstracción, sino un ser viviente real, con sus razones, sus penas y sus alegrías y a descubrir en las diferentes expresiones nacionales la gran comunidad humana.

LOS PODERES DEL HOMBRE

El hombre en devenir es un hombre cuyos conocimientos y medidas de acción se han ampliado hasta tal punto que los límites de lo posible le parecen haber retrocedido indefinidamente. El hecho es que el hombre contemporáneo comienza a ser efectivamente capaz, gracias al conocimiento y al dominio de las leyes científicas, de dirigir los procesos naturales y de asumir la responsabilidad de hacerlo.

El conocimiento de sus poderes se extiende al conocimiento de su propia conciencia. Nunca jamás había llevado tan lejos la elucidación de los enigmas de su mundo interior. El conocimiento de los mecanismos de su cerebro, de los resortes conscientes e inconscientes de su comportamiento, le permite incluso analizar racionalmente sus conductas irracionales, al mismo tiempo que las de los demás.

A diferencia del hombre de otras épocas, al que la ignorancia y la impotencia condenaban a un estado de resignación o a reacciones neuróticas ante las fuerzas exteriores, el hombre de nuestro tiempo, de una parte, aprehende, conoce y comprende el mundo; de otra parte, dispone o sabe que puede disponer de las técnicas necesarias para actuar sobre el mundo, con inteligencia y en el sentido de su interés; por último, enriquece el mundo de objetos y de conjuntos tecnológicos. Estos tres elementos lo hacen un hombre potencialmente dueño de su destino; y decimos potencialmente porque para que este dominio fuese real, sería preciso que se eliminaran las circunstancias que le empujan a la violencia y a la arbitrariedad.

Indudablemente que no es realista esperar que el hombre se reconcilie con su destino en la mayoría de las sociedades de tipo moderno. En ellas el hombre se halla expuesto a factores de división, de tensión y de discordia. No pueden dejar de afectarle las estructuras contrarias a las exigencias de la justicia y de la armonía. Todo concurre a disociarle, tanto si se trata de la división de la sociedad en clases, como de la parcelación y alineación del trabajo, o de la contraposición entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, o de la crisis de las ideologías y el desmoronamiento de los mitos colectivos, o de las dicotomías entre el cuerpo y el espíritu o entre los valores materiales y los valores espirituales.

Todos los expertos han llegado a la conclusión de que la educación tal como funciona, la enseñanza tal como se imparte a la juventud, la formación de las nuevas generaciones, contribuye, se quiera o no, a esta disociación de los elementos de la personalidad.

Esto no significa que, en la formación de un hombre, la elaboración de las herramientas del conocimiento, de la investigación y de la expresión no revista una importancia primordial: capacidad de observación, de experimentación, de clasificar los datos de la experiencia; capacidad de expresarse y de escuchar en el intercambio y el diálogo; entrenamiento en la duda metódica; arte de leer, cuyo dominio es un ejercicio que no conoce fin; aptitud para interrogar al mundo y formular preguntas en una disposición de espíritu en las que se unen las aportaciones del pensamiento científico y del espíritu poético que tienen su fuente común en la capacidad juvenil de maravillarse.

El hombre que la educación toma como objeto es en gran medida el hombre universal, igual a sí mismo en todo tiempo y lugar. Sin embargo, el individuo particular objeto de un proceso educativo es un ser eminentemente concreto y, en su existencia limitada en el tiempo y en el espacio, reconcilia dialécticamente los dos aspectos de la naturaleza humana. Cuanto más es el mismo, más obedece a sus leyes y a su vocación propia, mejor realiza el propósito común de la humanidad y más está en condiciones de comunicarse con otros.

Gracias a la acumulación de experiencias y a los medios existentes o potenciales en las sociedades actuales, es posible ayudar al hombre que se educa a desplegar en todas sus dimensiones: en cuanto agente del desarrollo, agente del cambio y autor de su propia realización humana.

LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL

La cooperación internacional en materia de educación reviste tres formas principales. La primera y más antigua, que tiene profundas raíces históricas, consiste en organizar intercambios de informaciones, de alumnos y de libros entre diferentes países y diferentes culturas, con el fin de ampliar el campo de conocimientos y enriquecer los métodos de enseñanza. La segunda forma de cooperación, más reciente, tiene en esencia su origen en el Acta de constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), que busca, esencialmente, promover la paz y la comprensión internacional por medio de la educación. La tercera forma, que también es nueva, consiste en ayudar a la educación en interés del desarrollo económico y social, pro-

porcionando a los sistemas de enseñanzas de los países en vías de desarrollo, además del concurso de docentes y expertos, facilidades de formación, material pedagógico, construcciones de establecimientos, etc.

La ayuda internacional a la educación se justifica por dos grandes razones. La primera es que debido a la desproporción entre el crecimiento de las necesidades de educación y el volumen de los medios disponibles, muchos países carecen de los recursos precisos para proseguir, sin riesgo de agotarse, el esfuerzo a menudo intenso que se han impuesto en este dominio. En tales circunstancias, una ayuda financiera exterior, en forma de inversiones, puede revelarse extremadamente preciosa, sobre todo en los sectores de la enseñanza secundaria técnica y de la enseñanza superior.

La segunda razón, sin duda más importante todavía, es que la ayuda internacional se ha convertido en un factor indispensable de la innovación, por el hecho de que en la mayor parte de los países, se duda en iniciar caminos nuevos por el temor a dilapidar en fines arriesgados recursos de suyo insuficientes. Los que se deciden a ello a menudo sólo pueden hacerlo si disponen a este fin de un concurso financiero exterior.

LA UNIVERSIDAD

El balance crítico de la Educación, Cultura y Desarrollo, no estaría completo sin una mención específica de las tareas que, al respecto, incumben a la Universidad, en el ámbito nacional e internacional.

El concepto de Universidad se vincula con el de universalidad y el camino hacia la universalidad siempre se ha estimado que se logra a través del conocimiento. La dimensión de la universalidad está constituida por aquellas virtudes que sitúan al hombre por encima de los intereses y de los relativismos circunstanciales. Está constituida por lo que es universalmente válido; por la ciencia y el derecho, como espacios normativos que trascienden lo particular.

La Universidad debe ser el ámbito en que la realización del sujeto pensante se corresponda con la mayor profundización del mundo objetivo. Esta es la idea que está en la base de la Universidad: lo que más contribuye a la libertad es la verdad. Los griegos descubrieron un orden que armonizaba con la libertad; el orden de la verdad, que simultáneamente impone exigencias y excluye el capricho; que instaura normas armonizadoras del Universo y la justicia.

Las normas de la verdad son las que hacen posible aspirar a la armonía del hombre en el mundo; las que permiten aspirar al diálogo y a la paz, sin

falsos romanticismos; las que posibilitan que el hombre trascienda en su dignidad, afirmando la justicia por encima de sus diferencias.

La Universidad educa en el clima en que el hombre se siente más hermano del hombre y en armonía con el Universo. Sin duda, lo educa también para el desarrollo, mas para el desarrollo fecundo que se comprende a partir de la verdad y de la más honda dignidad humana.

Nuestro tiempo, de tan agitado ritmo histórico, ha puesto a prueba la capacidad de las universidades para acoger y ensamblar lo permanente y lo dinámico.

Del concepto clásico de universidad y universalidad se mantienen las esencias. Perdura la aspiración a la verdad por encima de las coyunturas y la aspiración a la justicia por encima de los intereses y los egoísmos.

Pero hoy la cultura misma y su ritmo nos exigen asumir históricamente esa perspectiva de universalidad y enlazarla con los acontecimientos, los contenidos y las demandas que nuestra historicidad decide. La Universidad ha de cultivar su constante actualización si quiere mantener vivo su sentido de universalidad.

Las corporaciones de educación superior que se alejan de lo permanente caen en el relativismo de la coyuntura, y la Universidad que no atesora lo histórico se anquilosa dentro de un academicismo sin horizontes.

En estos términos se debe comprender el servicio que presta la Universidad: como diálogo, desde lo permanente, con el hombre vivo y la historia viva. Dejando integrar lo histórico en el marco de la universalidad y favoreciendo su desarrollo global.

En los mismos términos se debe también interpretar la conjugación de elementos dentro de la propia institución. En ella debe coexistir una estructura en la que predominen los factores estabilizantes conjuntamente con sistemas dinámicos, propuestos en condiciones ágiles y flexibles, capaces de renovar la organización institucional.

Tanto por la necesidad de ensamblar lo más dinámico con lo estable, como por la imperfección inherente a toda obra humana, concebimos la Universidad como una institución abierta con dos ejes de funcionamiento debidamente coordinados. Sobre el eje central reposa el peso de lo permanente y de aquellos factores menos profundos pero que sirven a su solidez y estabilización. El otro eje se presenta como el motor de las renovaciones y el continente de las relaciones temporarias que se susciten como manifestaciones libres que escapan a los marcos clásicos de la institución.

Así se congenian la virtud y la sabiduría de la tradición y de la larga

experiencia, con la fortaleza de la renovación, de la expansión y del desarrollo. Características todas que apuntan a la libertad si son bien armonizadas. La sabiduría proporciona la vía más objetiva y más universal para educar con la autoridad que viene de la verdad experimentada. La expansión y el desarrollo de lo nuevo le hacen un lugar legítimo a la voluntad creadora y a la revelación de los nuevos tiempos, y permiten la adaptación equilibrada de la institución a la historia.